



GLOBALIZACION CULTURAL Y POSMODERNIDAD

JOSÉ JOAQUÍN
BRUNNER

La cultura occidental suele verse a sí misma como un marco puramente formal, capaz de servir de receptáculo neutro a una cultura planetaria en la cual -como en el escenario actual de los mass-media- todas las culturas tendrían su oportunidad. No obstante, la participación en el juego de la cultura del occidente moderno parece requerir de un cambio cultural básico: el desencantamiento del mundo, condición necesaria tanto para la existencia de un espacio público (en el cual se participa con razones, no con argumentos de autoridad), como para la existencia del mercado (en el cual los objetos se enfrentan desprovistos de todas significación intrínsecas). ¿Será multicultural el mundo del futuro? ¿O será un mundo en el cual, por buenas y malas razones -considerarías sólo malas equilibrio- a admitir la intervención de poderes demoníacos en la historia- la cultura occidental, considerada en su núcleo, habrá consumado su expansión global?

Me parece a mí que, en ciertas dimensiones, puede legítimamente hablarse de una universalización de ciertos ideales y valores asociados con la modernidad occidental. Pienso en las nociones de libertades fundamentales, de derechos humanos, del método científico experimental, incluso de los valores atribuidos cuasi-universalmente a la democracia y los mercados. Pero se trata por ahora, nada más, que de la difusión de ciertas pautas simbólicas y, en diversas partes del mundo, de las prácticas que les siguen. O bien, como ocurre muchas veces con la ciencia, de su adopción paradigmática pero dentro de contextos económicos, políticos y culturales que le imprimen una «productividad» muy distinta que aquella que logran en las sociedades occidentales más avanzadas. En otras di-

mensiones, tan o tanto más fundamentales que las anteriores, en cambio, la cultura occidental se encuentra limitada a su propia civilización y debe convivir junto a otras. Pienso, esta vez, en las religiones y creencias, en las orientaciones morales, en los conceptos de culpa y vergüenza, en las nociones de intimidad y sexualidad, en la idea del tiempo y la muerte, y, en torno a esas zonas, en todas las prácticas que ellas inspiran. Digamos así: los dioses son otros aunque el cielo pueda ser surcado por los mismos aviones sólo que con distintas banderas. Todos usamos Intel inside, pero un poema de Larkin o de Zurita no es un haiku, ni podría serlo. Ahora, para qué decir, las cosas se complican a medida que la historia da vueltas al tornillo. Por ejemplo, hay quienes sostienen que desde tiempos ancestrales, el punto de vista japonés sobre el mundo se parece al posmodernismo, la evolución más reciente del pensamiento occidental.

Por su lado, Octavio Paz, en una de sus últimas entrevistas, sugería que la civilización occidental estaría experimentando una transformación fundamental en su imaginación temporal. Planteaba que, en lugar del tiempo lineal de la cultura judeo-cristiana, ahora «vivimos en una conjunción de tiempos y espacios, sincronización y confluencia, que convergen en el 'tiempo puro' del instante». O sea, en el haiku, como éste:

Quietud que penetra las rocas
Los sonidos de la cigarra

Y concluía Paz, sardónicamente, con esto: «parece ser que, al 'final de la historia', el Oriente se encuentra con el Occidente». Qué quiero decir con todo esto. Primero, que no hay que pensar la

globalización -supongo que lo mismo se aplica a todos los fenómenos de la historia- como cierres, conclusiones o totalizaciones. ¡Hegel ya no va! Allí donde hay un final, hay también un comienzo. Y, entre ambos, ese Zwischenraum, espacio del medio, donde por ahora nos encontramos y donde todo lo bello es terrible al principio. Segundo, por eso mismo, no hay que apresurarse tampoco a dar por universalizado cualquier aspecto de una cultura cualquiera; incluso si llegara el día en que todos los aviones son construido por la Boeing. Tercero, ¿qué podría significar, dentro de un contexto así de complejo, fluido y cambiante, lo «multicultural»? Me suena, otra vez, a diversas banderas surcando los cielos y a esa frase ingeniosa de un mexicano cuando exclama: «no más eso nos faltaba, McDonalds en lo alto de la pirámide». El cosmopolitanismo, al que lo multicultural se parece, es un invento típicamente occidental; un gadget para gentlemen que antaño solían encontrarse -como Stanley y Livingston- en el corazón de África y para consultores internacionales que hoy, ¡ay!, solemos cruzarnos fugazmente en los aeropuertos llevando Intel inside. If you know what I mean...

La modernidad, y la posmodernidad que constituye algo así como su consumación, transforman la religión en «creencia», vivencia interior de la cual no se sigue ningún precepto obligatorio de vida. En esta perspectiva, ¿es posible que la cultura católica se integre como una más de las variadas componentes de la cultura posmoderna? En otras palabras -las de su Globalización Cultural y Posmodernidad- ¿será posible encontrar un punto intermedio «entre el universalismo y la interculturalidad»?

No soy un experto en Iglesia Católica ni en sus intrincados movimientos espirituales, teológicos, morales, jurídicos y terrenales.

Globalización cultural y posmodernidad [artículo] José Joaquín Brunner

Libros y documentos

AUTORÍA

Brunner, José Joaquín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Globalización cultural y posmodernidad [artículo] José Joaquín Brunner. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile